

# El Dr. Rafael Angel Calderón Guardia

Me parece que fue ayer no más, cuando el 12 de diciembre de 1953, siendo apenas un joven estudiante de colegio, tuve el honor de conocer en la ciudad de Méjico al Dr. Rafael Angel Calderón Guardia.

La propaganda que en su contra habían desatado en el país, lo exhibían ante quienes no vi vimos su gobierno como un presidente que en provecho personal había usufructuado del poder.

Mi familia había viajado y yo con ella, a la ciudad de Méjico con un objetivo que era corriente, en aquella amarga época del exilio, para muchos costarricenses: visitar al doctor Calderón Guardia.

Confieso que el impacto personal que recibí fue grande y poderoso: me cautivó su extraordinaria personalidad y gentileza, pero sobretodo la gran pobreza y dignidad con que vivía, en un modesto apartamento de la Avenida Chapultepec.

Así conocí yo al Dr. Calderón Guardia.

A aquel ciudadano al que había denigrado una ingrata campaña y que yo pude observar viviendo como el más humilde de sus compatriotas, pero sin que pueda decir que jamás escuché de sus labios una sola queja, una sola protesta, una sola palabra contra quienes, injustamente, le habían hecho víctima de aquella persecución.

Desde aquella tarde del mes de diciembre de 1953 hasta el instante mismo de su muerte, más por su extraordinaria gentileza y generosidad para conmigo que por méritos personales que no tengo, fue tan estrecho y hondo el afecto que nos profesamos que no recuerdo un solo acto importante de mi vida en que su carta amable o su presencia física, llena de cariño y afecto, no estuviera junto a mí.

Juntos estuvimos durante los años en que, todavía en el exilio, pude regresar a Méjico a pasar con él la fiesta familiar de la Nochebuena. Juntos en el día feliz de su regreso a la patria, cuando me incorporé de a-

bogado, en el día de mi matrimonio, en el nacimiento de mis hijos y aún, pese a su enfermedad, en las horas que precedieron a mi juramentación como diputado a la Asamblea Legislativa el primero de mayo de 1970, cuando le fui a visitar en su lecho de enfermo en el Hospital San Juan de Dios.

Aquel día me levanté temprano. Quería ver al Doctor, porque en buena parte, mi diputación se debía también a su extraordinaria generosidad.

Recuerdo que lo encontré ya muy enfermo, pero él me saludó con el afecto de siempre. Guardé silencio en aquel emocionante momento, pero en el fondo de mi corazón le hice una promesa: sería fiel a su filosofía política, aquella que lo había hecho grande.

El primer aniversario de su muerte me encuentra fuera de la tierra amada. La distancia es buena para valorar la historia. He repasado mentalmente la de mi patria, temporalmente lejana y encuentro escritas por él las páginas más hermosas.

Allí está el testimonio indestructible de su gran Reforma Social.

Estoy seguro que hoy, en miles de hogares de Costa Rica se estará levantando una oración por su descanso eterno. Miles de corazones costarricenses renovarán hoy el dolor profundo de su partida.

Hoy se volverá a llorar en Costa Rica, con el llanto franco y sincero, con que se llora siempre la partida de los grandes hombres.

Yo no podré estar físicamente unido a ellos, pero desde la quietud de esta hospitalaria Universidad, donde me encuentro en cumplimiento de mi función pública, estaré espiritualmente unido con los compatriotas que hoy pedirán al cielo por el alma del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, mi amigo entrañable, que hace precisamente un año volvió de nuevo hasta el regazo de Dios. Nueva York,

9 de junio de 1971

Rolando Lacié Castro